

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1960 - Núms. 103-104



SEVILLA

PUBLICACIONES

DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **053**

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 29. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1960



Tomo XXXIII
Núms. 103 - 104

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1960

SEPTIEMBRE - DICIEMBRE

Nrs. 103-104

CONSEJO DE REDACCIÓN

EXCMO. SR. D. MIGUEL MAESTRE Y LASSO DE LA VEGA, Presidente de la Diputación Provincial.—SR. D. PEDRO VALVERDE FREDET, Presidente de la Comisión de Educación.—EXCMO. SR. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—SR. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA. SR. D. ANTONIO MUÑOZ OREJÓN.—SR. SECRETARIO de la Diputación Provincial.—SR. INTERVENTOR de la Diputación Provincial.—SR. D. MANUEL JUSTINIANO Y MARTÍNEZ, Director.—D.ª ARACELI SHAW GARCÍA, Administrador.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Juan de M. Carriazo y K. Raddatz.—*Primicias de un corte estratigráfico en Carmona* 333
- Santiago Montoto de Sedas.—*El teatro, el baile y la danza en Sevilla*. 371
- Claudio Guillén.—*Los pleitos extremeños de Mateo Alemán: I. «El Juez es Dios de la tierra»* 387
- Juan Valencia Jaén.—*Índice bibliográfico de la Revista MEDIODÍA (I)*. 409

MISCELANEA

- P. Fernando Rubio Alvarez, O. S. A.—*Aparición del Apóstol San Pablo en la ciudad de Ecija en 1436* 429
- Antonio Hernández Parrales, Pbro.—*Una carta autógrafa del Beato Fray Diego José de Cádiz* 437
- Florián Smieja. (Traducción de Francisco López Estrada).—*Dos poemas desconocidos de Juan de Jáuregui* 443
- Doctor Antonio Pérez Torres.—*Aquella Mujer* 449
- LIBROS: Varios 461
- Revista de Revistas 465

AQUELLA MUJER

A manera de *Prólogo*: Los personajes que escriben:

La memoria.
El médico.
La imaginación.
El juicio.

Paisaje.—En el centro de éste hay un montón de cuartillas. No tienen la original blancura de la imprenta, porque ya una de sus caras está grafiada en algún nombre de medicamento, y con el del médico. Realmente casi todas son distintas de color, lisura y tamaño, dando así una variedad humana a su misión de ir recogiendo en nerviosa letra lo que el médico escribe.

Alrededor hay una luz, una máquina de escribir y dos butacas estiradas y solitarias; en ellas vamos a sentar indistintamente los invisibles personajes. Detrás de ellas, muy a soto-luz, una extensa biblioteca, cuya ordenada alineación, es una ironía a su orden substantivo, pues entremezcla desde libros de medicina, hasta el más raro artificio literario para regusto del espíritu. En el techo de la biblioteca, casi de pisapapeles, se apoyan diversos títulos, fotos y otros cuadernos o libros que rebosan en su falta de acomodo.

Tabaco, papeles, recetas, un hierático Quijote y un intempestivo teléfono, dan calor y variedad al mundo de las cuartillas.

Pero... veamos lo que hablan nuestros personajes:

Médico.—Oye, "memoria", quiero que me ayudes, que vengas a mí con tu exacta certidumbre, con tu elástica sensorialidad, y ya, sopesada y casi sin saber tu huella, por tus mecanismos asociativos, por el influjo de los efectos y emociones, pongas ante mis ojos algún recuerdo importante, un hecho que sea referible, pues quiero escribir un trabajo.

Mientras así invocaba a la "memoria", ésta se acomodó en una butaca, y sutilmente dijo:

Memoria.—Sabes te fuí siempre fiel, y que estuve a tu lado en momentos de apuro, que no te abandoné nunca, pero tienes que recordar — y en mí la palabra recordar tiene una grandeza definitiva—, que si sólo vas a emplear mi fiel función, vas a relatar los hechos que pertenecen a tu secreto personal, o ajenos; o, limpiamente vas a describir sucesos por ti vividos, pero acumulados por mí como el pasar de imágenes de una película. Te lo advierto. Debes buscar algunos personajes más, para que el relato lleve más calor humano; y, si es un trabajo literario, entonces necesitaré ese hálito divino (y el hombre es hijo de Dios) de la creación. Necesitas darle espíritu. Crear, en fin.

Médico.—Gracias. Pensaré tu consejo. Pero tú me darás el comienzo; el recuerdo, la huella. Después yo buscaré. Buscaré como dices. Ya está, veré si la imaginación quiere ser mi aliada.

La imaginación.—Tendré que serlo. Pues a más ¿qué sería de ti sin imaginación? Yo soy, en esta palabra que me das, lo que hace de ti —el alma por delante— un ser humano. Soy quien une el mundo de lo aprendido y de lo vivido, de lo pensado, dando un singular efluvio que motiva tu diversidad con los demás seres y aún tu condición distinta con cualquier otro ser de tu misma especie. Tu imaginación, la tuya propia, ya que te hablo ahora, va a crearte unos sucesos para ti sólo; unas interpretaciones personales para todos los hechos; te hará ver el paisaje distinto y tuyo, distintos tus pensamientos y diferente tu vida, tu soledad y tu amor. Propio y tuyo como es para todos. Aun el hecho más orgánico, más de la anatomía de la tumba, más material y exacto del exocosmos que contemples, puedes hacer percibirlo, sentirlo y recordarlo tu imaginación de forma distinta a como es. Yo te doy así con cambios efectivos del tono de tus interpretaciones o te puedo hacer feliz o desgraciado; seguro o indeciso, esperanzado o lleno de angustia. Con los datos de mi conocimiento y mi fe puedo cambiarte el pensar, sacar de tu estado de conciencia los materiales que necesites y cambiarte como se cambian los personajes de un teatro de marionetas, los hechos, las cosas, los seres.

Haces bien en llamarme, pues puedo recorrer y soy conocida en todos los rincones del cerebro. Sé cambiar con ayuda de la voluntad hasta las vulgares sensaciones corporales, puedo crearle alegrías y pesadumbres. Aquí estoy, y según mi fuerza te ayudaré.

Médico.—Hice bien en llamarte y me maravilla tu poder. Espérame, pronto te pediré que acudas. Pero, en el fondo, te tengo un poco de miedo, pues con tu barroquismo y tu agilidad, puedes apartarte del camino que desearía y saltar como las to-

rrenteras llenas de frescor y de bríos, quitando la sobriedad y certidumbre de la memoria. No pudiendo contener tus impulsos.

La imaginación.—Es posible, pero ¡ya ves!, en seguida pienso que para contener mis excesivos impulsos —si así lo crees— debías llamar a tu presencia al “juicio”.

El juicio.—Os he estado escuchando a todos, y sé que sin mi superior presencia nada puede hacerse. Sabéis que soy el criterio y la medida. Mi aparición fue dando orden y sentido al comienzo del mundo, y lentamente fuí elaborando una ética, una conducta, un sopesamiento de la experiencia y de las ciencias. Podría hacer la crítica de lo que conviene en verdad recordar a la “memoria”; de lo que precisa exponer la imaginación; de lo que tú puedes escribir. Soy el resumen de todo, hasta el punto de que cuando se pierden o lesionan las finas funciones intelectivas, desaparezco y no se puede llegar a una elaboración perfecta humana. Se me llama o nombra en toda finalidad seria y sólo me hacen guiños la Circunstancia y el Amor. Pero, después, en las horas serenas y fértiles para el mañana, se me llama a capítulo y presidido el todo.

Médico.—Puesto que estáis preparados y dispuestos, empecemos.

Memoria.—¿Qué quieres que te recuerde, médico? Podría contarte exactamente tantas cosas— ¿Te gustaría aquel suceso que viviste hace años en Oropesa, “El vino del sol”? O ¿quizás cuando te buscaron para ver aquella enferma en el faro? ¿No recuerdas el faro solitario de aquella lejana playa? O ¿quizá el relato de aquel señor cetrino y silencioso?

Médico.—No sé, empieza. Pronto iré viviendo lo que tú me vuelvas a vivir.

AQUELLA MUJER

Había terminado la consulta, y quedé entonces un rato fumando, despacio, descansando de todo. Y sin saber cómo vino a mi memoria aquella enferma que hacía años había atendido y a la que procuré tranquilizar en sus problemas. De ella había sabido, por azar, hacía poco. Quizá por ello surgiera todo ante mi pensamiento.

La había escuchado a aquella mujer, estático casi, durante largas horas. A través de sus conversaciones y mis preguntas ella había ido deshaciendo la madeja de su memoria. Nos relató sucesos ocurridos en su vida hacía varios años, y yo fuí notando entonces cómo todo ello le atenazaba aún el pensamiento y su vida misma.

Cuando empezó su relato, decía, iba ella en un autobús. Llovía intensamente y entre tanto público apretado había un vaho húmedo, ese algo especial del olor de la ropa mojada y la humanidad. Los cristales estaban empañados y sólo dejaban ver la noche en los irregulares trozos en que las manos habían hecho garabatos. A través de esos trozos una mezcla de luces y sombras pasaban ante sus ojos.

Sentía un sofoco enorme, y le dolía la cabeza. Iba pensando, sin saber por qué, en como era ella, y en como se encontraba en las últimas semanas desconcertada, sin unir uno con otro ese hilo continuado de la vida; sin verle sentido a su curso. Entonces tenía 16 ó 17 años, era morena, muy delgada, nerviosa, de genio vivo y caprichoso. Notaba siempre que los hombres la miraban mucho, sobre todo a sus grandes ojos brillantes, negros, cambiantes de tristes a vivísimos. No llamaba la atención por su tipo.

Vivía mal. Y su madre, peor. Tenía que llevar la vida adelante con poco. El padre, sin culpa, estaba complicado en un desfalco. Sólo una vez le vio encerrado. Y esto creó en ella una rabiosa ansia de libertad. Mientras todo esto pensaba, aumentó el sofoco y el mareo. Pasaron sobre sus ojos imágenes confusas y perdió el conocimiento. Despertó en una oficina, donde un hombre con acento extranjero en su castellano deficiente, la atendía.

Después se me explicó todo. Me bajaron del autobús y pararon a un coche. El que le conducía me llevó a donde estaba su despacho, en calle muy cercana. Allí una mecanógrafa le ayudó y llamaron a un médico, que no le dio mayor importancia a lo ocurrido. Más tarde, el mismo señor me llevó a mi casa.

Al día siguiente de haberle ocurrido esto, me contaba que le decía al espejo: "En verdad que poco intereso a los hombres importantes. ¡Qué acento extranjero tenía!". Pensaba que si no hubiera sido por él se hubiera asustado más al despertar en cualquier puesto de socorro. La voz de la madre la quitó de este pensar, diciéndola: "Niña, ven a desayunar; estás muy delgada, y así... son esos mareos".

Volvió a verle a los pocos días, ella estaba segura de que la estaba esperando. Pasearon. Cuando le hablaba, un mundo nuevo iba adentrándose en ella, lleno de sugerencias. Para mí—decía— desde aquel día todo fue maravilloso, su voz le fue abriendo un mundo distinto, iban tomando vida las horas y las esperas. El día y la noche tenían otro sentido. No dormía pensando en todo, y deseaba el día siguiente para verlo de nuevo. Todo lo percibía distinto y más hermoso, los árboles y las casas; los pequeños

sucesos, tan triviales tenían un perfil que nunca había visto y él iba mostrándoselo.

Fue enamorándose, casi sin darse cuenta de que lo estaba. Todo fue sucediéndose en una escala creciente en que influía poderosamente su poco juicio, su amanecer a un mundo desconocido, su desaforado afán de libertad.

Al llegar a este punto aquella mujer quedaba muy suspensa en el relato, con los grandes ojos tristes y como espantados. Al cabo de los días mis preguntas pudieron poner esta parte en orden.

Todo fue ocurriendo como en un torrente alegre de aguas que bajan de la sierra, que salta y sigue; sin pensar el agua, que flor troncha al nacer, o qué sereno prado atraviesa; saltando paisajes, flores y piedras. Así, en este torbellino, en pocos meses aquella mujer se encontró en situación que tenía que ocultar. Entonces un día, acompañada y guiada del consejo y la fe en él depositada, desapareció de donde vivía, yéndolo a hacer a un país vecino.

Esta época fue de enorme angustia y esperanza. Casi no recordaba detalles, pero sí estaba segura que tuvo que esperar unos meses, no sabía cuántos. Casi al nacer le quitaron al hijo. El le prometió que ya volverían a recogerle, porque antes tenía que arreglar una serie de problemas y asuntos. Así, era mejor ante su madre, ante los que la conocían. Quedaría en una fuga fuera de ley, pero sin más consecuencias; y, todo el deshonor sería reparado por el casamiento, con lo que era su deseo y la justicia.

Aún se horrorizaba al referirme la tempestuosa vuelta a su casa. La cara de su madre, las preguntas que "de dónde había estado" de los hermanos pequeños. La lucha de ella misma con sus recuerdos y su secreto.

Mientras, la voz que le había descubierto un nuevo mundo, le decía que no desesperara, que pasado un año todo podría arreglarse. Ella no vivía. Por una parte el cariño y la fe le daban esperanzas. Por otra, en su nacer también a otro mundo desconocido, observaba instintivamente lo que la rodeaba. Así notó cómo las amistades la miraban mal; y, también por palabras y actitudes, como mucha gente baja del barrio donde vivía daban una explicación a su conducta, por la falta de medios en que estaba y por la visible mejoría que apreciábase en sus vestidos cuando regresó. Notó ella entonces, cómo algunos ponían por delante la necesidad a la vergüenza, al precio que fuera.

Vivía angustiada. Aquello dominaba todo su pensamiento. No servía que le dijeran y le enseñaran las noticias de que se iba criando bien y de que era hermoso. Quería tenerle con ella.

Pero luchaba entre un pánico feroz a que su madre lo supiese, a que supiera aún más que ya sabía. Y por otra parte, el miedo a que una actitud decidida, terminante de ella, diera motivo al disgusto del hombre del que estaba enamorada.

Siguieron unos meses terribles. La duda de todo la empezó a herir, a morderla a preguntas a ella misma. En aquellos días, él salió varias veces de viajes a misiones que desconocía y que no comprendía el por qué. Una vez, no volvió.

Más tarde, mucho más tarde, comprendió que pudo investigar, que pudo denunciar, pero entonces el miedo era superior a toda razón.

Continuó el rodar de su vida, llena de desesperanza. Su madre, siempre le reprimía duramente su conducta. Así fue acobardándose cada vez más, escondida ante los suyos y ante sí misma. Con miedo a explicar, a chillar, a decir, a rogar, a pedir justicia. Pero... era joven, y por ley de vida, su juventud se rehacía y brincaba por encima de la tristeza y de los recuerdos.

Sentía en su cuerpo la caliente sangre rodando en murmullo por sus venas. Le gustaba los amplios días de sol y las noches limpias. Gozaba al sentir levantarse y bajar su pecho en el respirador profundo el aire nuevo de la mañana de cada día.

Una vez —recordaba esto muy bien— vio cómo paseaban las jóvenes parejas de enamorados, y sintió una envidia tremenda, angustiosa, acuciante, y se le llenaron de marañas grises, tenaces, todos los pensamiento. Día tras día, venían a su cabeza terminantes ideas de que era mala. Que no había, ni tan siquiera, arañado como los animales cuando le quitan las crías.

Aquella mujer, no sabía cuando contaba esto, que por aquel tiempo, y aún después, había en ella misma dos vidas, dos impulsos distintos. El uno, que la mandaba morir, que la decía muy claro que no merecía el calificativo de persona humana. Y, otra vida, rebosante que con la fuerza de su sangre, de sus años, gustaba de vivir, de andar por los campos húmedos de lluvia, de respirar hondo, y ver la noche y el día, entretenerse en los brillantes escaparates y en las bulliciosas calles. Era esa otra vida que sonreía al muchacho que avispadamente había mirado sus grandes ojos al pasar.

En esta situación, tuvo épocas en que permanecía solitaria en su casa sin querer casi hablar, sin salir, llena de brusquedad a las preguntas y razones de todos los suyos. Otras, le brincaba la sangre e iba con amigas a los bailes de muchachos, y se adormecía sin recuerdos en el ritmo, y en los decires del joven que con ella estuviera. Pero, cuando la compañía de alguno se hacía más insinuante, más permanente, huía de él, de su insistencia y

presencia, de forma tan decidida y con tanta arisquez, que la desilusionaba.

Al pasar de varios años se formó la idea de matar sus recuerdos, de quitar de su presencia aquella vida que le decía las frases más duras, que le presentaba con demasiada certidumbre ante ella la verdad de lo ocurrido. En esta época pasó por grandes crisis de desesperación porque no podía matar, hacer desaparecer lo que era su propia vida, ella misma completa en sus dos realidades: La que no quería recordar, y la que quería con todas fuerzas vivir como otras muchachas de su edad lo hacían con absoluta sencillez.

Me contaba, que sin saberlo, fue haciéndose distinta. Pensativa, sagaz, temerosa con sosiego, calculadora. Aprendió a disimular; a controlar su forma de ser. A hablar poco y después de haberlo pensado. Pero todo, porque había ido madurando en su cabeza un proyecto para conseguir la felicidad. Dióse cuenta, que en casi todos los seres aparece la felicidad en muchas épocas de su vida de una forma espontánea, sin esfuerzo; pero que ella por su falta de juicio ya no podría —pensaba— gozar nunca de esa felicidad espontánea, y... quería conseguirla con habilidad, poniendo en este deseo todo su esfuerzo, toda esa sagacidad que había ido aprendiendo lentamente en la tea ardiente de sus recuerdos.

Sí, como os refería, había ido madurando su plan. Buscaría, si hacía falta, un hombre, que sin contarle todo, sino parte, pudiera comprenderla y quererla. Ella tenía necesariamente que ser feliz.

Le costó mucho trabajo convencer a su madre de que la dejase ir a vivir con unos parientes a una modesta ciudad junto al mar y muy alejada de donde había estado siempre. Su tenacidad lo consiguió y como era despierta pronto se colocó en un comercio.

Así pudo mantenerse de su trabajo, y alejarse, al menos materialmente, de su historia. Muy pronto renació en ella la alegría y hubo veces que durante largos períodos de tiempo era tan solo la persona que tenía enormes deseos de vivir y no la atnazaban los pensamientos antiguos.

Esto así le duró poco, pues su enorme atractivo motivaron los cortejos de muchachos. Se hizo novia de uno de ellos, y supo lo que en verdad era el amor tranquilo y respetuoso. Se alegraba su cara al referir todas aquellas escenas tan repetidas en la humanidad, pero tan verdaderamente llenas siempre de ensueños.

Pasearon junto al mar, y juntos contemplaron las rompien-

tes, y sintieron el frescor de las gotas del agua al hacerse espumas sonoras llenas de aire de mar. El, proyectaba su ilusión, y un día, cogidos de las manos, un poco temeroso, le habló de cómo le gustaría cuando tuvieran alguna vez un hijo. ¡Ah!, ¡qué horror! —me decía—, fue algo como si me hubieran azotado de pronto con toda la furia del mar en una tormenta. Simuló estar mala, y fue a su casa.

Aquella noche no pudo dormir. Todo su decidido afán de felicidad y su seguridad de conseguirla se le derrumbaron. Le martilleaba en su cabeza todo un tropel de imágenes que se le atropellaban. ¡No! —pensaba—, no podría decirle la verdad, y ¡cómo le quería!, qué distinto y qué verdad era todo aquello; qué loca y qué inconsciente fue antes. No, no le diría nada.

Con su sagacidad fue lentamente, dolorosamente, disuadiéndole. Consiguió desesperarle. Notó cómo le hacía sufrir y heroicamente vivió los últimos momentos de la ruptura de relaciones. Quiso matar los recuerdos, creyó que sería posible conseguirlo y había fracasado.

Cada vez se hizo más cauta y solitaria, aún en su trabajo. Pero como la vida sigue siempre haciendo piruetas, como el destino rueda a través de las horas de forma inexorable, una vez un compañero de trabajo fue intimando con ella. Se acordaba limpiamente, sin esfuerzos, de la primera conversación seria que tuvieron y de lo que más tarde pensó en una noche de insomnio. Le contó su enamoramiento de ella, y de lo deleznable que a su lado se encontraba por su vida anterior, pues aunque —cuando la hablaba así— como ella sabía, hacía una vida honorable, tenía una mancha en su honor, que no comprendía cómo nadie se la había contado aún. Quizá, decía, no supiera nada, por la forma solitaria de ella vivir.

A él le entusiasmaban sus ojos tristes y su soledad, su belleza pensativa. Aquella mujer se dejó contar todo y le insinuó ya aquel día que cada vida por dentro era un mundo distinto. Pero siguió con él, dejándose acompañar, seca, enigmática. El, la preguntaba ¿podría haber alguien que pudiera quererle así? Pero ella no contestaba, y con su aprendido disimulo, cambiaba el curso de los pensamientos y le dejaba colgado en el aire el interrogante.

Una noche no durmió. No podía. Estaba llena de confusión y de preguntas a ella misma. De pronto, como una luz que se enciende en plena oscuridad, vio claramente cómo iba a cumplirse su constante deseo de felicidad, y encontró de todo el lenguaje, una palabra, una sola, que resolvía y allanaba toda clase de problemas, una palabra que le permitiría su vida con las dos partes

que ella misma no había acabado de deslindar. Esto me lo contaba con enorme fuego, la palabra era: compensación, un equilibrio entre las dos maldades, y reducidas éstas por igualdad a cero, sobre este cero de comienzo se edificaría su deseo: la felicidad.

Ya tenía, ya había encontrado su fórmula para la felicidad. Pero ¡ah!, podría también escapársele si contaba todo completo. No, no podía dejar que se fuera. Eran muchas horas de su vida las que había pasado pensando en ella, en su llegada, en ser igual que otras mujeres. Y, con una lucha enorme, con una medida exacta de sus palabras, contó con la verdad, la misma verdad que sabía su madre y los suyos. La verdad que conocían todos los de aquel barrio donde vivía. Pero la existencia del hijo la ocultó. Quedó el hijo, sin tenerlo, para ella sola.

Se casó, y no tuvo hijos después.

Cuando esto me contaba, habían pasado años, pero aquella mujer seguía luchando con la angustia de sus tenaces pensamientos, con sus deseos de ver y saber de su hijo, de tenerlo con ella. Seguía con su sensación plena de haber fracasado para siempre en su felicidad.

No podía seguir así su vida. Decía que estaba cansada, que tenía que estar fingiendo siempre ante su marido, inventando constantemente motivos que justificasen sus reacciones y su tristeza. El mismo signo de la desazón y la angustia que rigió los primeros años de su relato, había seguido presidiendo los últimos. Estaban aún presentes, sin solución, sin felicidad, ante mí—que procuraba tranquilizarla—, mientras me miraban un poco espantados y tristes sus grandes ojos negros.

EPILOGO

La memoria.—Te he estado escuchando, médico, mientras contabas el relato de “Aquella mujer”, y se parece muy poco a lo que yo te iba diciendo. Hubo momentos en que, indignada, casi tuve descos de borrarte todos los recuerdos para que no pudieras seguir.

Médico.—Yo no tuve la culpa, la imaginación saltaba muchas veces por delante de ti, confirmaba los hechos, unía el re-

lato de forma distintiva, y yo casi era un espectador lleno de asombro. Pero, en el fondo me alegro, porque la vida misma es a veces más cruel; pero también es vida con su sencillez o su fuerza la que he contado.

La imaginación.—Yo tampoco estoy satisfecha, pude ampliar fácilmente todo, llenándolo de escenas felices, buscar conclusiones menos duras. Pude hallar la felicidad, que tú sabes la mayoría de las ocasiones no se la encuentra más que conmigo, con imaginación. Pero tú, médico, no me dejaste. Tenía ya preparado un final tan bueno, tan feliz para todos...

El juicio.—Ya me oíste al principio que soy el resumen de todo, la crítica, y en lo que he oído hay varios hechos que no puede admitir mi moral, mi enjuiciamiento. Aquella mujer tenía, por encima de todo, un deber fundamental: buscar, reclamar a su hijo. Y no lo hizo. Y aún después pudo y debió decir toda la verdad.

Médico.—Lo sé. Tampoco a mí me agrada cómo "Aquella mujer" ha ido arrastrando a los personajes que escriben. A mí tampoco me satisfacen muchas cosas, entre otras su falta de formación religiosa. Por eso, "juicio", no puedo quitarte la razón que el juicio sereno siempre tiene, pero olvidas, que aquella pobre mujer del hospital tenía miedo, un miedo patológico; sentía un horror que obstaculizaba toda reacción decidida. Sabes, que después luchó entre su pecado, su angustia y su enorme afán lleno de juventud de vivir. Así es la vida muchas veces, aunque el final, humanamente hablando, no sea ortodoxo.

Juicio.—Sí, es dura la ley, pero no consiguió la felicidad porque no se la merecía. Le faltó capacidad de heroísmo, y esto, la falta de heroísmo nunca debe faltarle a una madre.

La imaginación.—¡Lástima! Me hubiera sido tan fácil hacerla feliz...

El médico.—No pudo ser.

Dr. A. PEREZ TORRES